

Discurso de recepción, como Miembro de Número, del Sr. Luis Poirot

Jaime Donoso Arellano

Miembro de Número

Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile.

Santiago, 15 de Abril de 2019

Sra. Presidenta de la Academia de Bellas Artes, Sras. y Sres. Miembros de la Academia, Sras. y Sres.:

Es muy grande el honor que se me ha concedido de recibir a Luis Poirot en el seno de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile. Y estoy consciente de que mi designación para desempeñar este cometido puede tomar de sorpresa a muchos puesto que mi área es la música y no las artes visuales. La razón es simple: más allá de las divisiones y clasificaciones de las artes, ha primado aquí una decisión que proviene del propio Luis Poirot. El ha querido que yo lo reciba y la razón es que nuestra relación, iniciada en nuestra juventud, ya tiene más de 60 años. No ha sido una relación alimentada por el verse constante y periódicamente, sino el ir sabiendo el uno del otro, fundamentada en la memoria, en el recuerdo de un momento muy particular de nuestras vidas, cuando éramos casi adolescentes y mirábamos el futuro como una gran pregunta, sin urgencias, desconociendo cuáles serían los caminos por venir, abiertos a toda aventura, a cualquier experimento, sin saber en absoluto cómo se configurarían nuestros destinos. Pero nuestras inquietudes no estaban teñidas ni de miedos ni zozobras. Eran días de miradas límpidas y descubrimientos cotidianos. Un día como el de hoy, no estaba ni en el más fantasioso de nuestros cálculos. Si alguien nos hubiera profetizado: Lucho, el 15 de Abril de 2019, tú serás incorporado como Miembro de Número

de la Academia de Bellas Artes y tú, Jaime, serás el encargado de recibirlo, lo habríamos celebrado como una broma extraviada y delirante.

Luis Poirot de la Torre nació el 13 de diciembre de 1940 en Santiago, Chile, hijo de Augusto Poirot Perrey y de Dolores de la Torre. Fue el segundo de 3 hermanos. Se educó en la Alianza Francesa, el Colegio San Pedro Nolasco, la Escuela Militar, la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile y la Escuela de Teatro de la misma universidad. Ahí, por fin, se ancló, en el teatro, y recuerdo entrañablemente cuando yo, como público embobado, lo iba a ver al ITUCH, en “Macbeth”, representando al hijo de Banquo (el gran Roberto Parada), o a David en “El velero en la botella”. Ahí estaba Lucho, que se había atrevido, antes que yo, a dar el gran salto al vacío para encontrar lo que realmente quería. Ha dicho: “El teatro me rescató de la angustia y del vacío. No la actuación, sino el impacto de un texto dramático”.

Y un día, en el ICTUS, al que pertenecía como actor, le tocó la vara mágica del dramaturgo Jorge Díaz cuando le pidió que fuera el fotógrafo oficial del Ictus. Ahí comenzó todo. Su escuela fotográfica fue el amor con que quiso fijar en el tiempo a sus amigos actores y las producciones en que participaban, una escuela fotográfica sin maestros, sin profesores, un autodidacta que comenzó a explorar el mundo como fotógrafo, haciéndose y rehaciéndose, en permanente aprendizaje, copiando, diciéndose no sé aun quién soy, pero teniendo fe en la revelación que en algún momento habría de producirse.

Y la revelación llegó, en Nueva York, en 1969. Al respecto ha dicho: “Porque acá siempre se hablaba de Nueva York como el modelo de sociedad a imitar, y vi cosas maravillosas pero también cosas terribles”. Ese lado oscuro de la gran

urbe, lo fascinó y eso fue lo que retrató, recibiendo elogios y también críticas. Su actitud frente a la fotografía se empezó a consolidar.

En esta actitud hay rasgos que son distintivos de su arte y personalidad, que han quedado plasmados según lo que ha expresado muchas veces:

“La fotografía es un lenguaje que me permite comunicar emociones que de otro modo no sé cómo comunicar”.

No se siente próximo a las llamadas artes visuales. Su mundo de imágenes proviene del teatro y de la poesía. De la música, se rinde ante la pureza de la abstracción, que es como el blanco y negro con que trabaja; como la música de cámara, sin oropeles ni distracciones, maravillosamente incolora. Y como la poesía, su arte vive de la sugerencia, de lo que no está completo. Ha dicho: “El lenguaje poético está lleno de señales que tú puedes desentrañar o no, pero desentrañar para ti”.

El tiempo y la memoria. Poirot ha afirmado: “no tengo tiempo para la inmediatez”, y se declara defensor acérrimo del revelado en papel y del trabajo lento. A veces, deja pasar años antes de enfrentarse a un revelado porque las fotos cobran significado con el tiempo. Lo único que va a justificar la permanencia de una imagen es la resonancia que pueda tener en ti como observador. En este desafío de dominar el negativo, diez años transcurrieron antes de que se decidiera revelar la imagen de La Moneda bombardeada y en ese lapso la imagen se impregnó de historia. Por otra parte, ha declarado: “Mi relación con las fotos siempre tuvo que ver con el miedo a que la gente se vaya, a que las cosas desaparezcan”. Más allá del dominio de las técnicas, Poirot

lucha contra la transitoriedad, contra lo efímero y perecedero, pues como dijo Hölderlin: “Mas, lo permanente lo instauran los poetas”. Poirot también ha dicho: “Voy fotografiando por ahí para no olvidar y a veces fotografío como desesperado a la gente para no olvidarla y para que no la olviden otros”.

Poirot dice obsesivamente: “no olvidemos, no olvidemos”. Y en sus talleres aconseja a sus alumnos que fijen honesta y sinceramente su entorno, que hablen de lo que conocen a partir de la emoción propia, que fotografíen a sus padres antes de que ellos ya no estén.

En la vida rica y azarosa de Poirot, destacan los siguientes momentos:

Su permanencia en la Escuela de Teatro, donde conoció y trabó amistad con Víctor Jara;

su beca a Paris, en 1963, para estudiar cine y televisión en la Radiotelevisión francesa;

su inicio en 1964, como fotógrafo de la compañía teatral ICTUS;

su estadía en Nueva York, en 1969;

su actividad fotográfica en los 70, en la campaña de Salvador Allende;

su actividad académica en la Escuela de Periodismo en la Pontificia Universidad Católica de Chile, a comienzos de los 70;

su colaboración con el cineasta Raúl Ruiz, en tres de sus películas, en 1974, 1975 y 1979;

su exilio en Francia y Barcelona, entre 1975 y 1985, como fotógrafo del Diario El País y como docente del Centro Internacional de Fotografía en esa ciudad;

su regreso a Chile, el 3 de Marzo de 1985, fecha inolvidable por lo que significaba el retorno y porque, como a él le gusta contar: “llegué en la mañana y en la tarde hubo un tremendo terremoto”;

su residencia en Estados Unidos, en 1995 y 1997;

su actividad como Agregado Cultural en Bélgica, durante el gobierno de Ricardo Lagos, de 2001 a 2005.

En esos 55 años, su labor ha sido ininterrumpida y se ha expresado en incontables exposiciones y más de 20 publicaciones, entre las que menciono solo algunas:

“Retratar la ausencia”, dedicado a Pablo Neruda, hoy todo un clásico

Se abren las alamedas

Ropa tendida

Arrasados de luz

Ephemera

Tabla rasa

Identidad fortuita

La sopa derramada

Su trayectoria ha estado jalonada de premios, a saber:

Premio Nikon International Contest, Japón; Premio de fotografía en la película Los Trasplantados, festival de Cine Thonon-les-bains, Francia; Premio Retrato de prensa; Premio Photo Press, España; Premio de fotografía política Photo Press, España; Premio Ansel Adams, Instituto Chileno Norteamericano de Cultura, Santiago; Medalla de Honor Presidencial Centenario de Pablo Neruda; Premio Antonio Quintana a la trayectoria en fotografía, Chile.

Luis Poirot, fotógrafo chileno, a veces en el extranjero se preguntó ¿por qué me pena Chile? ¿Cuál es la nostalgia? Poirot aclara: “Todo mi trabajo es sobre Chile. No soy un fotógrafo folclórico, no fotografío ni al huaso, ni la cordillera, ni la china, ni cuasimodo, pero sí tiene que ver con un Chile que yo entiendo. Entonces, aunque yo he vivido casi un tercio de mi vida afuera, siempre vuelvo”.

Nosotros hoy día podemos decir: gracias a ese imperativo, gracias a su vida riquísima y azarosa – donde las vicisitudes de su salud lo han hecho vivir momentos de una auténtica resurrección - Poirot ha sido un constructor de nuestra memoria cultural y, por ende, de nuestro patrimonio. Un patrimonio enriquecido por rostros, calles y paisajes, rescatados del olvido.

Nada más oportuno que terminar estas palabras recurriendo al poema “Los dominios perdidos”, de Jorge Teillier. Uno de los versos pareciera haber sido especialmente escrito para Poirot:

Pues lo que importa no es la luz que encendemos día a día, sino la que alguna vez apagamos para guardar la memoria secreta de la luz.

Bienvenida la fotografía al seno de la Academia de Bellas Artes del Instituto de Chile. Bienvenido Luis Poirot.

Vida riquísima y azarosa donde no falta una verdadera resurrección... Donde